

OBSERVACIONES ACERCA DEL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA EN WEBER

*Marcelo Altomare **

I- LA RELEVANCIA DEL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

La heterogeneidad temática y la complejidad metodológico-conceptual de la sociología de Weber dificultan seriamente la elección de una clave de lectura que permita una exégesis globalizadora de su pensamiento. Además no es el encuentro de un principio de interpretación totalizador aquello que nos garantizará una adecuada comprensión de los textos weberianos. No obstante la sociología weberiana supone, para nosotros, la existencia de un tópico conceptual estratégico -aunque no único- que organiza gran parte de sus interrogantes: **la ideología**. Por ello desarrollaremos algunas reflexiones en torno al mismo, a fin de justificar su relevancia teórica en el escenario conceptual desde el cual Weber analiza la sociedad moderna.

No menos importante resulta este tipo de lectura a la luz de los problemas que se le presentan a la teoría social en la actualidad. En tal sentido, difícilmente pueda exagerarse la importancia que ha cobrado el estudio sobre la constitución -y la evanescencia- de las identidades de sujeto; y, por ende, todo el variado campo temático en el que se agrupan desordenadamente las representaciones sociales, las creencias colectivas, las culturas políticas, los imaginarios sociales, la integración simbólica, los juegos de lenguaje, en fin, todo el espectro de problemas pertenecientes al terreno de la sociosemiótica.

A raíz de ello parece sumamente fecundo realizar una puntuación sobre los nexos entre conducta social y representaciones

* Docente de las Universidades Nacional de Buenos Aires y de Quilmes.
Investigador de la U.B.A.

colectivas presentes en los textos de Weber. El tratamiento de los componentes motivacionales que contienen las diversas 'éticas religiosas -según Weber-, destacando su carácter formativo de específicos modos de conducta, nos ofrecerá consideraciones teóricas sobre la forma de analizar el plexo formado por los sistemas institucionales modernos y el campo ideológico. De modo que frente a la importancia del espacio de lo ideológico en los textos de Weber se nos presenta una tarea dual: por un lado, evaluar la validez que contiene una interpretación del aparato conceptual weberiano en la clave mencionada, y, por otro, retomar aquellos elementos de su reflexión que nos permitan avanzar hoy en la temática de las condiciones de constitución de las identidades sociales, mediante una descripción de las dimensiones que componen su concepto de ideología y una interpretación del modelo de articulación de sus elementos.

II- EL CAMPO DE LA IDEOLOGÍA EN LA REFLEXIÓN DE WEBER

En principio, podemos enmarcar las preocupaciones teóricas de Weber dentro del cuadro temporal representado por la modernidad europeo-occidental. Es la caracterización de la especificidad del mundo moderno la que guía la construcción de su indagación teórica: «que serie de circunstancias -se pregunta Weber- ha determinado que sólo sea en Occidente donde hayan surgido ciertos sorprendentes hechos culturales (esta es, por lo menos, la impresión que nos producen con frecuencia), los cuales parecen señalar un rumbo evolutivo de validez y alcance universal?» [Weber; 1991]. De la multiplicidad de fenómenos que emergen para conformar el mundo moderno-occidental el análisis weberiano considera a la empresa capitalista y al estado burocrático como las instituciones centrales del proceso de modernización de «la moderna civilización europea».

Difícilmente se comprenda la peculiar modalidad de funcionamiento de las modernas instituciones económicas y políticas anteriormente mencionadas si olvidamos analizar el tipo particular de acción social que las subyace. Considerados como sistemas de acción social orientados por la probabilidad o bien de obtener rentabilidad, o bien de encontrar obediencia, la empresa capitalista, y la institución

estatal no refieren a lo distintivo del mundo moderno. En los textos weberianos, la modernidad de las principales formas de agrupación humana es definida mediante el estudio del concepto de racionalidad. Únicamente tomando en cuenta esta perspectiva exegética se puede evaluar la radicalidad del concepto de «racionalidad», que caracteriza de modo fundante la acción administrativa del aparato estatal moderno y la acción económica de la empresa capitalista moderna.

Cuando Weber indaga la impronta que determina la modernidad occidental, a fin de recortarla del fondo «de la historia universal», las instituciones centrales surgidas en el terreno económico y político son investigadas desde la matriz cultural de la ideología. Por el momento nos basta tan sólo con mencionar la centralidad y magnitud que en la obra weberiana tienen sus investigaciones sobre las religiones, entendidas a modo de matrices culturales formadoras de conductas o modelos de vida [Lebensführung].

Estas matrices de significación son expresadas por Weber mediante diferentes conceptos: «espíritu», «ética», «máximas de obrar», «concepciones del mundo», «creencias», «confesión», «representaciones».

De este modo la heterogeneidad temática de los textos Weber semeja una hermenéutica de la modernidad europeo-occidental; esto es una compleja indagación de los nexos existentes entre el tipo de acción social desplegada por la asociación burocrático-estatal moderna y la empresa capitalista racional, por un lado, y las representaciones ideológicas -conformadas como éticas religiosas, por otro. Así la vía exegética propuesta, para acceder a los escritos de Weber, es el análisis del modo de intervención de las representaciones ideológicas en el dominio de los sistemas de acción de las instituciones de la modernidad. Siendo pues lo ideológico el campo en el cual son modeladas simbólicamente las conductas sociales, la reflexión sobre la emergencia del moderno sistema económico capitalista y del sistema de dominación burocrático-estatal deviene significativa a condición de indagar sus relaciones con la ética de las grandes religiones que habitaron la europa-occidental.

Con esta finalidad Weber enumera una serie de fenómenos a través de los cuales la modernidad occidental se transforma en un

ordenamiento cultural significativo. Fenómenos culturales tan disímiles como la ciencia, la teoría del estado, la música, el derecho, la arquitectura, la técnica, el aparato estatal, la empresa capitalista encontraron en la formalización weberiana un plexo de significación común: la racionalización. Weber entiende el «racionalismo» como «procesos de racionalización» llevados a cabo «en todas partes y en todas las esferas de la vida».

Sumados a los fenómenos sociales ya mencionados, Weber coloca otras esferas claramente heterogéneas entre sí. Tanto los fenómenos de la educación y la justicia, así como también aquellos referidos a la guerra y la contemplación mística forman parte de una misma superficie de significación cultural, constituida bajo una misma matriz de sentido: el «racionalismo». En definitiva el interés que guía la empresa weberiana «es conocer las características peculiares del racionalismo occidental, y, dentro de este, del moderno, explicando sus orígenes».

Desde la perspectiva de lectura elegida, la sociología weberiana se postularía como una formalización hermenéutica sobre las características sociales dominantes del mundo moderno. Para esto se propone, por un lado, la indagación de los dos principales sistemas de acción social de la modernidad -i. e. el estado moderno y la empresa capitalista- a los efectos de determinar el «tipo de conducta» que en ellos se desarrolla; por otro, la búsqueda de los componentes ideológicos que actuaron matrizando eficazmente la conducta de las instituciones mencionadas.

Es el proceso de racionalización de la esfera económica y de la esfera política, por un lado, y la relación que estos mantienen con la racionalización de operada en la conducta del hombre moderno, por otro, el problema que preocupa preponderantemente a Weber. En esta perspectiva metodológica se encuadra la advertencia weberiana presente en la Introducción a sus ensayos de sociología de la religión: «*[p]ara que la investigación tenga éxito, habrá que distinguir especialmente las condiciones económicas, valorando la importancia fundamental de la economía; sin embargo, no deberá descuidarse el conocimiento de la relación causal inversa, ya que el racionalismo económico depende en su nacimiento, lo mismo de la técnica y el Derecho racionales, que de la capacidad del hombre para determinadas clases de conducta racional*» [Weber; 1991].

Además la ausencia de toda forma de esencialismo que determine de modo apriorístico la relación entre las diferentes esferas sociales también está permanentemente presente en Weber. Por ello se puede enunciar que entre los presupuestos del capitalismo moderno encontramos la existencia de un Estado racional *«apoya[do] en una burocracia especializada y en un derecho racional»* [Weber; 1984].

Habíamos hallado que Weber consideraba el proceso de racionalización de la conducta en las más diversas esferas sociales como la característica significativa nodal de la «civilización moderna». Tal proceso de racionalización le permitió a Weber estudiar la formación de la conducta racional moderna en el campo de las representaciones ideológicas. De esta forma inauguraba un amplísimo área de investigación que le posibilitaría articular los sistemas institucionales de acción social al tipo de conducta social orientada por las éticas religiosas más diversas. Dicho de otro modo, la reflexión weberiana postulaba un nexo causal específico entre los sistemas impersonales de acción del estado y de la empresa capitalista moderna, por un lado, y un tipo especial de conducta orientada por postulados de valor ultraterrenos [ideológicos], por otro.

Empresa capitalista moderna y Estado racional moderno son sistemas institucionales fuertemente organizados en torno al tipo de acción racional con arreglo a fines [Zweckrationalität]. Aún siendo el mismo tipo de acción racional el que subyace a ambos sistemas institucionales, la empresa capitalista desarrolla su calculabilidad con un grado mayor de racionalidad debido a que el mismo se basa en la contabilidad monetaria, mientras que la previsibilidad que desarrolla el sistema estatal esta sustentada sobre una «norma formalmente abstracta». A pesar de ello el mismo tipo de acción social yace en las dos esferas racionalizadas de la economía y la política. Desde la tipología weberiana tanto la normativa del derecho moderno como el cálculo contable de capital pertenecen a la «acción racional con arreglo a fines». Este tipo de acción social domina las instituciones del mundo europeo-occidental, imprimiendo a la «civilización moderna» su significación cultural más determinante: una conducta social calculable, previsible, en suma, racional.

La «forma moderna de organización» representada, por un lado, por la empresa capitalista basada en la contabilidad de capital y, por otro

lado, por el estado racional moderno basado en el «derecho calculable» son sistemas racionalizados de acción que presuponen el proceso de racionalización desplegado por las éticas religiosas.

No obstante Weber refiere a ambas conjuntos institucionales a modo de sistemas de acción que se han desprendido de sus componentes motivacionales ético-religiosos. Así el capitalismo de principios del siglo XX es descrito por Weber como el *«colosal mundo de orden económico moderno ... [que] señala en la actualidad, con una energía irresistible, el modo de vida de los seres que ven su primera luz en 'el sin exclusión de nadie, tomen o no parte con su actividad e, indudablemente, continuará señalándolo por considerables años más»* [Weber; 1991]. De igual modo Weber se representa el sistema burocrático estatal cuando se pregunta: *«Como es posible en presencia de la prepotencia de esa tendencia a la burocratización salvar algún resto de libertad de movimiento 'individual' en algún sentido?»* [Weber; 1984]. A pesar de encontrarse desujetados de cualquier componente psicológico-motivacional de orden trascendente, la escritura weberiana sanciona como presupuesto del funcionamiento de la empresa capitalista y del estado moderno aquel tipo de conducta racional matizado por las representaciones ideológicas formadas por las éticas religiosas que postularon una radical racionalización de la vida cotidiana.

III- LA COMPOSICIÓN DEL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

Entre los principales factores que participaron de la fundación del orden económico capitalista se encuentran la empresa racional basada en la contabilidad de capital, el derecho racional y previsible, la técnica racional, así como «la ideología racional, la racionalización de la vida, la ética racional en la economía» [Weber; 1982]. Para Weber el campo de la ideología es el espacio de emergencia de las 'éticas religiosas de masas, modeladoras de modo de vida metódico-racional [metodisch-rationale Lebensführung].

En la Introducción a sus escritos sobre religión la preocupación de Weber se dirige a la indagación de las causales ideológicas que tornaron eficaz la emergencia de la «burguesía occidental» y la «organización capitalista del trabajo». Colocados en esta clave de lectura la interpretación weberiana del capitalismo moderno-occidental

pareciera situarse entre dos polos conceptuales: por un lado, el actor social, por otro, las instituciones sociales.

Weber piensa que el origen del capitalismo moderno debe buscarse en la emergencia de un nuevo sujeto social, el cual practica un tipo de conducta específica, orientado por un conjunto articulado de creencias ético-religiosas [«burguesía occidental»]. Esta ética orientada por valores trascendentales producirá una racionalización del modo de vida [Lebensführung], impactando en las más diversas esferas sociales: educativa, jurídica, económica, política, estética. De modo especial, en la esfera de la economía aquella ética actuará modelando la conducta de los primeros empresarios capitalistas, racionalizando la acción económica dirigida a la obtención de las oportunidades de rentabilidad ofrecidas por el mercado.

Con el transcurrir del proceso de modernización la economía capitalista deviene sistema de acción institucionalizado; este funciona así independientemente de los componentes motivacionales de carácter ético-religiosos presentes en su origen: ahora el «orden económico» capitalista *«se apoya en bases mecánicas, ya no requiere más de la ayuda religiosa»* [Weber; 1991]. De ahí la primitiva conexión entre los componentes motivacionales del modo metódico de vida [methodische Lebensführung], que orientaban la acción de ese nuevo sujeto social, y el tipo de acción social que despliega la institución capitalista considerada como mecanismo.

Dicho de otro modo, la mirada de Weber recorre el capitalismo moderno desde la re-construcción del mundo de las «representaciones» ideológicas -de los sujetos colectivos- hacia la descripción del funcionamiento de «estructuras objetivas» carentes de aquellas «creencias religiosas» -que en su origen actuaron de modo eficaz en su constitución [Colliot-Thelene; 1993].

Según Weber el dato que indicaba un mayor desarrollo de la empresa capitalista en aquellas áreas en las que se impuso el espíritu de la Reforma le condujo a investigar las conexiones entre la «ética protestante» y el «espíritu del capitalismo». Más precisamente, la estadística profesional mostraba que tanto los empresarios capitalistas como los trabajadores especializados -el personal jerárquico de las modernas empresas- adscribían al protestantismo, y no al catolicismo.

Asimismo la correlación entre la propiedad del capital y la dirección de la empresa capitalista, por un lado, y la práctica de determinada ética religiosa, por otro, se encontraba mediada por el tipo de educación elegida por los miembros de las distintas confesiones. Mientras que los católicos se inclinaban a un tipo de educación humanista, los protestantes preferían una enseñanza compuesta de saberes técnicos vinculados estrechamente a la industria y al comercio.

De manera que el capitalismo moderno-occidental era estudiado por Weber partiendo de una ecuación compuesta por tres variables: propiedad y dirección de la empresa moderna, tipo de educación y pertenencia confesional. De este modo, la «elección de profesión» y el «destino de la vida profesional» se encontraba en la línea de causación trazada por la «educación de una aptitud personal», que parecía haberse desarrollado bajo la dirección de representaciones motivacionales de carácter religioso. Por ello Weber supone que *«el adiestramiento de una habilidad personal, dirigida bajo el influjo de un ambiente religioso, tanto patriótico como familiar, ha determinado la elección profesional y, consecuentemente, todo el destino de una vida, y en ella ha consistido, pues, la relación causal»* [Weber; 1991].

En consecuencia uno de los elementos causales que yacen en el origen del capitalismo debía buscarse en aquel radical cambio de mentalidad ocurrido en la Europa del XVI y XVII: **la Reforma**. Weber consideraba la eficacia social del movimiento reformador atendiendo a su capacidad para modelar un nuevo tipo de conducta que penetrara las más diversas esferas sociales de la modernidad.

La Reforma se presentaba, para Weber, como un cambio radical en la cultura occidental moderna en la medida que reemplazaba el dominio del poder eclesiástico, *«casi imperceptible en la práctica ... por otro que debería intervenir con mucha más intensidad en todos los 'ámbitos de la vida pública y privada, estipulando una regulación onerosa y con meticulosidad en la conducta personal»* [Weber; 1991].

En el escrito mencionado Weber recorta el campo de la representaciones ideológicas a través de los conceptos de «ética protestante» y «espíritu del capitalismo». Al comenzar a estudiar el segundo de ellos argumenta que no es factible definirlo de modo

apriorístico y genérico; por el contrario, la «determinación conceptual» será un producto de la investigación a realizar. Al tratarse de un «concepto histórico» sólo es posible definir su «significado cultural» mediante «una serie de elementos encontrados en la realidad de los hechos históricos» [Weber; 1991]. Abandonado todo intento por hallar una definición genérica de tal concepto, Weber se aboca a realizar un trabajo hermenéutico que le permita re-construir el «significado cultural» de aquello que colocó bajo el nombre de «espíritu del capitalismo».

Dos documentos de Benjamín Franklin, escritos entre 1736 y 1748, serán sometidos a una labor hermenéutica para extraer del mismo los elementos de sentido que permitan el armado de un cuadro de significación unívoco: el «espíritu del capitalismo». En principio, Weber encuentra una característica esencial a esta representación ideológica: esta es un enunciado que demanda ser cumplido en tanto postula un conducta de tipo obligatorio. Por tal motivo, considera que «espíritu del capitalismo» es un representación ideología ordenada como un conjunto de «máximas de conducta de matiz ético»; lo cual implica que el no cumplimiento de las mismas es considerado una «omisión del deber».

El sentido que organiza los elementos que componen el «espíritu capitalista» esta centrado en torno a la relación entre la ética confesional y deber profesional. El nudo de significación que da coherencia a este «todo» ideológico-ético está en una frase que Franklin toma del Libro de los Proverbios: «*Si ves a un hombre solícito en su trabajo, debe estar antes que los reyes*». A partir de esta frase bíblica se comprenden las recomendaciones ofrecidas por Franklin en cuanto a la búsqueda de ganancia y la abstención en el gasto. Es aquí donde Weber encuentra que el «espíritu capitalista» funciona a modo de ética por cuanto el no cumplimiento de las máximas de obrar son consideradas como un «olvido del deber».

Más adecuadamente, la noción de «deber profesional» coloniza el sentido del trabajo, considerado como «*aquel sentimiento tan característico ... acerca del deber profesional, de un compromiso que debe establecer el hombre y de hecho reconocerlo ante lo implícito de su acción 'profesional' ... es la más peculiar ética social' del mundo civilizado capitalista, para el que tiene, en cierto modo, un significado constitutivo*». *debe sentir el individuo y siente de hecho ante*

el contenido de su actividad «profesional» ... esa idea, decimos, es la más característica de la ética social' de la civilización capitalista, para la que posee, en cierto sentido, un significado constitutivo» [Weber; 1991]. Esta ideología 'ético-religiosa adquiere relevancia por cuanto es la representación de un sujeto colectivo, «de un grupo de hombres y no previamente de personas aisladas»; es una particular «mentalidad» que sólo en cuanto fenómeno de masa matizará el «espíritu' específicamente moderno del capitalismo».

Frente a la «conducta práctica del hombre medio de la época precapitalista» -consistente en una conducta económica no racional en relación al uso del capital y a la organización del trabajo, aparece un nuevo tipo de conducta económica de carácter racional, definida por caracteres ético-religiosos. Fruto de un «largo y continuado proceso educación» la nueva mentalidad moderna ejercerá sus efectos sobre los dos principales agentes sociales de la economía capitalista naciente: «trabajadores» y «empresarios». Eficazmente elaborará este «espíritu» moderno hasta coagular en una forma de «mentalidad» mediante la cual los «trabajadores» y «empresarios» se representen su labor diaria como un fin en sí mismo: el trabajo deviene «profesional» en tanto fundado en el «propósito elemental de cumplir con la 'obligación'» demandada.

Weber concibe la emergencia de esta nueva matriz ideológica a modo de una agonística entre diversas formas de representaciones de masas. Así para Weber «[e]l enemigo a la vista contra el cual hubo de luchar el 'espíritu' capitalista -considerado como un nuevo tipo de vida con sujeción a ciertas reglas, y subordinado a una 'ética' específica- fué un tipo de mentalidad y conducta que podría calificarse como 'tradicionalismo'. Este es un modo de vida orientado mediante postulados normativos enraizados en la tradición -e. g. los valores profecidos por el pasado- un tipo de conducta que repite aquel comportamiento social «valido desde siempre». Considerado desde el terreno de las conductas económicas, el «tradicionalismo» es aquella matriz ideológica que sustenta «la dedicación de todos a las actividades y negocios heredados de sus abuelos», o a «continuar su existencia pura y llanamente como lo hizo» [Weber; 1982].

Se trata, en consecuencia, de indagar la formación de esa nueva «ideología racional» en tanto «fenómeno de masa», que operará sobre el tipo de conducta racional desarrollado en la esfera económica -

posteriormente institucionalizada en la «moderna empresa capitalista»- a través de aquello que fue «su más adecuado impulso espiritual: la formación del «espíritu del capitalismo». Esta novedosa conducta metódico-racionalizada puede estudiarse como un nuevo formato de significación ideológica-orientado por postulados de valor trascendentales- y bajo el cual surgió una identidad subjetiva homogénea, agrupando en una posición de sujeto tanto empresarios como trabajadores.

En este punto Weber informa sobre la dificultad inherente a al concepto de racionalismo por cuanto este necesita ser definido mediante su articulación con aquello que denominamos irracional. Siguiendo a Weber *«[n]o se puede decir que lo irracional sea algo sustantivo; esto sí, por relación a un 'racional' modo de ver preciso. Para quién carece de espíritu religioso, todo proceder en ese sentido es irracional, de igual manera que el hedonista ve irracional todo proceder ascético, si bien le concede un valor superior, es decir, una 'racionalización'»*. Por tanto, el concepto de racionalidad tiene un «múltiple sentido», permaneciendo su significado sujeto a una determinada perspectiva de valor.

Por tal causa, Weber se interroga, únicamente, sobre la paternidad significativa del «racionalismo» moderno tanto en la «forma concreta del pensamiento» como en «las [formas de] vida 'racionales'»: estudia el proceso de modernización europeo-occidental como la relación establecida entre los mecanismos de racionalización de las grandes 'éticas de masas y su influencia en la formación de un ethos económico racional. Por tanto para Weber se trata de *«la determinación del influjo de ciertos ideales religiosos en la constitución de una 'mentalidad económica'-de un ethos económico, limitándose al caso preciso de los nexos de la 'ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético»* [Weber; 1991].

Para Weber racionalismo y modernidad forman un 'único plexo de significaciones; y por tal motivo es posible comprenderlos en tanto proceso de modernización.

Definido el racionalismo una «idea histórica», resulta «necesario -según Weber- investigar que espíritu engendró el racionalismo, o *«la vida 'racional' de la cual procede la idea de 'profesión' y la consagración tan abnegada (aparentemente tan irracional visto con el propio interés eudemonístico) a la actividad profesional, que sigue siendo por igual uno de los factores peculiares*

de nuestra civilización capitalista. Nuestro interés-continúa- reside, precisamente, en este factor irracional que se oculta en aquel y en toda idea de «profesión» [Weber; 1991].

El concepto de «profesión» es el núcleo de sentido que organizará la mediación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo. De modo tal que la indagación de los componentes motivacionales y de las orientaciones de valor que rigen el proceso de modernización e institucionalización de la acción racional con arreglo a fines conduce al estudio de la modalidad que adopta la idea de «profesión» en el conjunto sistemático de máximas de obrar erigido por la «ideología racional».

En Weber la fe en los poderes mágicos y religiosos, y su consecuente derivación en la idea de deber ético, aparece como la matriz fundante de la acción social. Será necesario, entonces, estudiar la idea de profesión en el campo de las creencias religiosas para conectarlas con aquel ejercicio sistemático de la profesión que funda la acción económica capitalista -orientada por «las probabilidades de rentabilidad» basadas en el «cálculo de capital». La tarea es determinar cual ha sido el influjo de ciertas ideas religiosas -de carácter trascendental- en la formación de un tipo de concepción profesional, representación que constituye el núcleo de la «ideología racional» correspondiente a la acción económica del capitalismo moderno-occidental.

Para Weber, la esfera económica moderna se encuentra transitada por la empresa capitalista, cuya acción esta orientada por las probabilidades de valorización ofrecidas en el mercado; y la cual *«controla su rentabilidad en el orden administrativo por medio de la contabilidad moderna, estableciendo un balance» [Weber; 1982].* Por tanto el orden capitalista no esta regido por un modelo de institución basado sobre una acción económica orientada por el mero afán de lucro. La exigencia del balance contable en tanto contralor organizacional escinde al capitalismo moderno respecto de cualquier otra forma del mismo existente en el pasado.

Esta diferencia permite comprender a la empresa lucrativa moderna -y, por ende, al sistema capitalista moderno- como una institución basada en el tipo de acción racional con arreglo a fines. La gestión de la empresa capitalista moderna es concebida por Weber en

relación «al grado de cálculo que le es técnicamente posible y que aplica realmente».

Así la racionalidad de la esfera económica -la racionalidad formal de la gestión empresarial- se traduce en el tipo de acción racional con arreglo a fines propio de la empresa capitalista: control de la rentabilidad por medio del balance. La calculabilidad de la gestión económica moderna es la modalidad por la cual se ordena la empresa capitalista, sistematizando al máximo el logro de rentabilidad orientado por las probabilidades del mercado. La gestión económica es así un tipo de acción racional específica desplegada por el empresario capitalista, partiendo de criterios de rentabilidad organizados mediante el cálculo de capital. Esta conducta económica típica presupone el proceso de racionalización que instala la acción racional con arreglo a fines; en relación a esta la gestión de la empresa lucrativa representa su máximo grado de desarrollo calculable si se compara con el tipo de acción racional con arreglo a fines que encontramos en la gestión de la administración estatal moderna.

Con esto Weber reconoce que la racionalización de la esfera económico es parte de un vastísimo proceso de modernización, consistente en el poderoso influjo que modeló las más heterogéneas esferas sociales -científica, estética, técnica, jurídica, pedagógica- a través de un nuevo tipo de matriz ético-ideológica: la «ideología racional». *Ella fue uno de los mayores influjos en la formación de un modo de vida metódico-racional -base de una profunda sistematización de las acción social en todas aquella esferas penetradas por él. Este es el proceso de «desmistificación del mundo» que desencantó el campo de las relaciones sociales, a causa del surgimiento de modos de vida [Lebensführung] que progresivamente fueron abandonando de todo componente motivacional mágico-trascendental.*

Consecuentemente, Weber construirá su concepto de «ideología racional» estudiando la eficacia organizadora que le cupo a la concepción puritana de la profesión en la conformación de un conjunto sistemático de máximas de carácter obligatorio. Este es el intento de realizar una «sistematización de todas las manifestaciones de la vida, la coordinación de todas las acciones humanas en un 'modo de vida' del mundo como un todo lleno de sentido» [Weber; 1984].

El modo de vida metódico-racional [Lebensführung] es el resultado del proceso de racionalización de las concepciones del mundo, que presupone una operación significativa dual: por un lado, el abandono de cualquier característica mágico, por otro, una sistematizada unidad de sentido ético en relación establecida entre Dios, mundo y hombre.

La «ideología racional» es un formato de representación ético-religioso de las relaciones entre hombre, mundo y Dios organizado en torno al concepto de profesión, que orienta de manera imperativa el modo de vida metódico-racional del hombre moderno. Si queremos responder por qué la concepción puritana de profesión es el punto nodal desde el cual se organizan una serie de representaciones diversas en un «un todo lleno de sentido» deberíamos indagar el problema central de toda religión: la modalidad de obtención del estado de gracia.

Con relación al concepto de «ideología racional» aparecen un conjunto de presupuestos teológicos que enmarcan la concepción protestante respecto al vínculo entre Dios, hombre y mundo.

En primer término, siendo los designios de Dios inescrutables - para la ética puritana-, el hombre está sujeto a un total desconocimiento respecto a su estado de gracia. A ello se suma que la salvación del alma no es el resultado ni de la práctica de determinadas obras, ni tampoco de la purificación debida al hábito de la penitencia; por el contrario, la predestinación divina rige el estado de gracia de los hombres. Esta inescrutabilidad y predestinación que caracterizan la representación del vínculo entre el hombre del puritanismo y su Dios producen la sujeción del primero a un estado de incertidumbre absoluto, a la vez que lo aleja infinitamente de la trascendencia divina.

Siguiendo a Weber, podemos pensar que *«la ideología racional presupone una antropología pesimista; esto es una concepción que deja al hombre en un estado de absoluta incertidumbre y angustia. Ello es causado por el desconocimiento de su estado de gracia, motivación esta que lo impulsará a buscar determinados signos que le permitan reconocerse como uno de los elegidos. Un permanente peregrinaje hacia aquel saber que refiera a su estado de gracia dibujará los bordes del campo de significado donde se recortará una posición subjetiva de nuevo tipo, organizada en derredor a la búsqueda de una «única fuente posible de la certitudo salutis»*: la significación del concepto de Beruf.

Conjuntamente con los anteriores postulados teológicos, opera otra verdad trascendental enunciando que el hombre vive sólo por y para gloria de Dios. Así tanto la existencia como el elemento normativo que orientará la conducta del hombre tienen su fundamento en la eterna presencia de un ser trascendental y omnipotente. Sobre la superficie simbólica de estos postulados teológicos el puritanismo construirá un modelo de hombre que tramitará su relación con Dios y el mundo, articulando en un plexo de significación su duda religiosa -producida por una predestinación incognoscible- con una existencia orientada de modo imperativo a glorificar la persona de Dios.

Los elementos teológicos de esta religiosidad se organizarán sobre la idea de «profesión», que operará como orientador de un modo de vida metódico [metodische Lebensführung], fundante respecto de una heterogeneidad de esferas culturales. Esta conducta racional emerge como práctica obligatoria en virtud de la conexión entre postulados éticos-salvíficos de orden trascendental y el grado de sistematización de las acciones de la vida cotidiana. La relación entre estos dos ordenes se establece mediante la idea de «profesión» construída por la interpretación puritana de los textos bíblicos. En tal concepción la «profesión» [Beruf, calling] es *«la creencia de una misión impuesta por Dios»* [Weber; 1991]. En la generalizada apropiación subjetiva de esta creencia está el nacimiento de un nuevo tipo de posición subjetiva de masas, uniformada a través de la práctica de un «modo de vida determinado» anclado en motivaciones de orden trascendente: **el logro del estado de gracia.**

El modo de vida racional queda sujeto a imperativos de orden ético-religioso; paradójicamente el tipo de acción social dominante en la modernidad esta originariamente relacionado con postulados éticos-trascendentales. De este modo *«el contenido más honroso del comportamiento moral consistía, precisamente, en la conciencia del deber en el desempeño de la labor profesional en el mundo»* [Weber; 1991]. Así, pues, la ética religiosa colonizó la significación que poseía la práctica cotidiana del trabajo, edificando sobre un escenario simbólico la relación entre Dios y hombre. Para el puritano, la «profesión» es un deber ético en la medida que representa una misión impuesta a los hombres por Dios. Este es el *«sacro sentido, por así decir, del trabajo y de lo que derivó en el concepto ético-religioso de profesión»* [Weber; 1991].

En la modernidad europeo-occidental la representación del trabajo devenía sacra; esto es «una especie de mandato que Dios destina a cada quién», formulándose de este modo «los fundamentos psicológicos para una 'ética racional de la profesión'». El modo de vida metódico-racional y la creencia en los postulados éticos-religiosos de la piedad puritana forman un único y complejo plexo de significación que se articula en la representación de la idea de profesión.

El tipo de acción social que funda el modo de vida metódico-racional [metodisch-rationale Lebensführung] -y que matizará, posteriormente, el sistema de acción de las instituciones de la empresa capitalista y el aparato estatal- es inaugurado por la demanda de sistematización de la conducta orientada por la ética puritana de la profesión. Así los componentes motivacionales psicológico-éticos -la salvación de las almas, por un lado, y el tipo de acción social -modo de vida metódico-racional, por otro, se organizan en un conjunto sistemático de representaciones colectiva: **la ideología racional**.

El desplazamiento de los principales postulados teológicos del puritanismo ascético hacia la conformación de «complejos ideológicos» orientadores de la conducta social se comprende mediante el análisis del concepto de profesión. Este presupone la necesidad del puritano por corroborar su estado de gracia, entendido como una mutación radical del modo de vida que permita al creyente superar el estado del «hombre natural». Por ello Weber afirma que «[l]a influencia de una religión sobre la vida práctica y sobre todo los supuestos previos del renacimiento varían mucho según el 'camino' de salvación y -lo que guarda la más estrecha relación con ello- según la cualidad psíquica de la salvación que quiera alcanzarse» [Weber; 1984].

Arrojado hacia la búsqueda de «bienes de salvación» específicos, el puritano necesitaba encontrar la certidumbre que la inexpugnabilidad de la trascendencia le negaba conocer. La «certeza de la gracia» [certitudo salutis] no podía obtenerla ni mediante la práctica de buenas obras, ni tampoco a través de los sacramentos. La concepción puritana postulaba que el estado de gracia era regido por la predestinación divina; y esto conducía a la formación de un «camino de salvación» fundado sobre la separación radical entre la conducta de un sujeto orientada por el buen obrar y el logro de la certitudo salutis.

Paralelamente la teología puritana suponía un Dios separado infinitamente del hombre, inaccesible: entre uno y otro se alzaba «[u]n abismo inescrutable». Ahora Dios era «*un ser superior e indescifrable para la comprensión humana, el cual desde la eternidad señala a cada hombre su destino, conforme a designios enteramente insondables*» [Weber; 1991]. En consecuencia no existía modo alguno de instrumentalizar una vía de acceso al conocimiento sobre estado de gracia. En esta nueva separación el hombre del puritanismo se hallaba ahora imposibilitado debido al distanciamiento radical entre él y el saber sobre su estado de gracia.

De manera que la condición del hombre moderno diseñada por la ética puritana producía un estado de incertidumbre absoluta sobre aquello que constituía el bien más decisivo para aquel: la comprobación de su estado de gracia. Mediante estos dos postulados, la relación entre Dios y hombre era mediada por un estado de gracia ya predestinado por los designios inescrutables de la providencia divina. Simultáneamente el puritanismo comprendía una articulación paralela entre Dios y el hombre mediada por la idea de trabajo. Su presupuesto era la creencia en que no es Dios quien vive por y para los hombres, sino que, opuestamente, son los 'últimos quienes *«son para Dios y por El, y no hay nada que suceda ... si no es con el caracter exclusivo para el fin de que Dios se honre en su propia Majestad, de lo contrario no tendría sentido»* [Weber; 1991].

El sentido existencial de la vida del cristiano reformado estaba en la práctica de una conducta orientada hacia la gloria de Dios; su conducta resultaba validada éticamente por cuanto se le presentaba como un deber: una misión impuesta por Dios. Aquí aparece la temática de los diferentes nexos entre las «éticas religiosas» y los «ordenamientos vitales» intersubjetivos. Ante la «irracionalidad del mundo» la acción del puritano en este se transformaba en «obra social», en razón de aquel imperativo divino que le demandaba *«un acomodo de la vida social en su estructura a sus mandatos para cuyo fin debe organizarse de modo adecuado»* [Weber; 1991]. Correspondía, pues, al cristiano reformado desplegar una acción encaminada a desplazar la «irracionalidad» del mundo existente: la adecuación del ordenamiento vital comunitario a los mandatos éticos-religiosos queridos por Dios.

En consecuencia para el «sentir» [Gesinnung] del puritano, «el vivir por y para Dios» se concebía como la práctica obligatoria de un

«modo de vida» [Lebensführung], orientado por «mandatos» divinos, y cuya finalidad era la adecuación del orden vital comunitario a postulados normativos de carácter ultraterrenal. Este «obrar según el precepto divino» en los diferentes ordenamientos vitales convierte al hombre en un «instrumento de Dios», mediante el cual este «último se honre en su propia Majestad». El cristianismo reformado colonizaba, pues, el trabajo realizado en el mundo, asignándole una significación «ético-religiosa». La ética puritana construía la concepción de un «modo de vida» matizada por aquella idea que *«consideraba como misión religiosa de cada individuo la colaboración en el dominio racional del Universo»* [Weber; 1982].

Para Weber tanto el grado de rechazo de la magia en la técnica de salvación, como el grado de sistematización de la relación entre Dios y mundo de toda ética religiosa constituyen los dos principales indicadores del «grado de racionalización» obtenido por la misma. Tomando en consideración el «último de los indicadores citados, será necesario interrogarnos sobre que punto nodal de significación se estructura la ideología racional, permitiendo organizar de modo sistemático elementos de características tan disímiles -la racionalización del modo de vida, la valoración ética del trabajo, la corroboración de la certitudo salutis, la sistematización de la acción económica, el surgimiento del capitalismo. Dicho de otro modo, debemos preguntarnos acerca del nexo de significación que permite articular el problema de la «cura de almas» con la sistematización del obrar en las más diversas esferas sociales.

El puritanismo se presentaba como un «ascetismo vuelto hacia el mundo» que articulaba en un conjunto sistemático el vínculo entre Dios, hombre y mundo sobre dos nexos de tipo diverso. En primer lugar, existe una relación de orden cognitivo entre hombre y Dios centrada sobre un estado de gracia, que al estar regido por la predestinación divina despoja al creyente de todo tipo de saber sobre el modo de acceder a la cura del alma. En segundo término, esta relación cognitiva también supone la imposibilidad del hombre por conocer su pertenencia al mundo de los elegidos o condenados por Dios, en razón de la inescrutabilidad de los designios divinos. La condición humana del creyente del puritanismo ascético es la incertidumbre sobre su estado de gracia. El desplazamiento de tal condición estará viabilizada por el

encuentro de ciertos «signos» que le permitirán saberse elegido por Dios. El pasaje entre la condición de incertidumbre o duda religiosa hacia la certeza de su estado de gracia es posibilitado por el concepto de «profesión» [Beruf].

Habiendo desechado todo el carácter mágico de la redención sacramental, el puritanismo ascético buscó el modo de superar la moral del «status naturae» mediante el ejercicio de un obrar ascético conforme a los postulados trascendentales impuestos por Dios. La sistematización del comportamiento se instaló a modo de «signo» religioso por el cual se obtenía la certitudo salutis. La metodización de la acción cotidiana resultó la manera en *«que el hombre con un se desprendió del sello anárquico e intermitente de su comportamiento ético»* [Weber, 1991]. Esta ordenación de la totalidad de las acciones realizadas por el hombre presuponia la reglamentación de estas según un principio normativo de carácter ético religioso. Este último estaba formado por los «mandatos» divinos que imponían al creyente la «misión» de adecuar el mundo a postulados de orden religioso. La vida del santo apareció como el paradigma del obrar sistemático de todo creyente, debido a que aquel *«encauzaba su existencia hacia un solo fin: la bienaventuranza»* mediante una conducta orientada por *«el principio de omnia in maiorem Dei gloriam»*.

Este modo de obrar era absolutamente racional debido a la total previsibilidad, en consecuencia, metodización de las acciones orientadas por un único postulado normativo. La supresión de los «consilia evangelica» hizo de este modo de obrar un deber para todo creyente, emergiendo así un «ascetismo interior mundano». Finalmente esta inquisición acerca del «modo de vida» más próximo al obrar ejemplar quedó anclado en *«la idea [calvinista] de que es menester verificar la fe en la vida profesional»* [Weber, 1991].

La corroboración del estado de gracia mediante el ejercicio profesional suponía la práctica de un obrar despojado de toda característica irracional, diferenciando al creyente del hombre natural. A través de la superación de la ética monacal, el calvinismo se instalaba como «una profunda cristianización de toda la existencia». La importancia decisiva que adoptó la idea de la «comprobación de la fe» y de la «predestinación» en referencia a su influjo sobre la formación de un «modo de vida» orientado por la ideología racional se organiza sobre la concepción de «profesión» [Beruf]. Por intermedio de ella, la ética

puritana consideraba al hombre «un administrador de los bienes que Dios» puso a su cuidado: el creyente deseaba «ser un 'instrumento' de Dios», realizando la de manera eficaz la máxima que le prescribía obrar para gloria de Dios.

La ética puritana hacía de la profesión un deber, una misión impuesta por Dios, al centrar la temática de la corroboración de la certitudo salutis en torno a la labor que el hombre realiza en el mundo por mandato divino. Así el obrar racionalizado fundado en el calculabilidad moral de las acciones orientadas según imperativos trascendentes permiten al puritano «el dominio racional del Universo». En consecuencia el creyente corrobora su status gratie en la medida que se comporta como administrador racional de los bienes del mundo ofrecidos por Dios al hombre.

La «realización de un objetivo fijado por Dios» define el sentido central del concepto de profesión [Beruf] semantizado por el puritanismo. El desplazamiento desde la incertidumbre salvífica hacia la corroboración del estado de gracia, o bien desde el cumplimiento de mandatos religiosos-trascendentales hacia la sistematización de la vida práctica, en fin, desde la ética protestante hacia el espíritu del capitalismo se concentran en el concepto de «profesión» [Beruf]: «vocación» o «entrega apasionada a una causa» -i. e. in majorem Dei gloriam.

Weber piensa, pues, que las identidades subjetivas se constituyen en el campo de lo ideológico, entendiendo a este como espacio de significación. El sujeto social adviene tal en el espacio simbólico de las representaciones significantes - v. g. las interpretaciones de carácter supranatural realizadas por las diversas 'éticas religiosas. En tal sentido, la mutación del significado de la idea de trabajo operada por la interpretación puritano-ascética, que colocó en un plexo significativo 'único labor profesional y misión trascendental, posibilitó la emergencia de una nueva concepción de «profesión» [Beruf], la cual operó como creencia válida, orientando el modo de vida de los creyentes. Dicho de otro modo, la existencia de motivaciones de orden sobreterrenal son el fundamento de la significación de la idea de profesión, desde la cual una diversidad de individuos se representan homogéneamente la validez de su modo de vida, compartiendo, por ende, una misma posición subjetiva o ideológica.

Aquí ubica Weber el «estado de gracia» [status gratie] que conduce hacia una tipología de las diferentes formas de corroboración del mismo. Al eliminar las formas mágicas de verificación, el puritanismo funda la creencia en la validez de un tipo de conducta racionalizada como el modo de sentirse cierto respecto del «llamamiento» divino. Por tanto la corroboración del estado de gracia se edifica sobre la creencia en un «modo de vida» que hace de la multiplicidad de comportamientos llevados a cabo por el creyente un conjunto sistemático y metódico de acciones orientadas hacia la gloria de Dios. La creencia en que el desarrollo de la tarea profesional -en tanto lugar donde el puritano es «llamado» a desplegar un «modo de vida» orientado a «administrar los bienes» dados por Dios- representa «una misión religiosa» permite la adecuación de los ordenamientos institucionales a los mandatos divinos. Lo ideológico pues es -para Weber- una creencia que cobra la forma de una representación simbólica ordenada de prescripciones prácticas de carácter obligatorio, organizadas en torno al fundamento piadoso de la idea de profesión.

Sobre el fondo de un horizonte histórico de experiencias sujeto a «la obsesión acerca del más allá» y de «la cura de almas» resultaba *«indudable que las fuerzas religiosas operantes en este ejercicio serían, para el común de los hombres, los elementos determinantes en la formación de su carácter»* [Weber; 1991]. De este modo una época dominada por motivaciones ético-trascendentales condicionará la constitución de identidades de sujeto al matricularlas mediante representaciones religiosas. Es allí donde la idea de «profesión» [Beruf] es representada por los hombres en tanto «vocación»: una misión impuesta por Dios, y a través de la cual corroborarán su estado de gracia. Esta misión impuesta por Dios al hombre fundamenta la existencia de este al prescribirle un acción orientada «in majorem Dei gloriam». Por tal razón la ausencia de labor era considerada un «desvío del afecto ardiente hacia una vida `santa'». En aquel tiempo la creencia en el ejercicio ascético de la profesión cobra validez en la medida que «el trabajo es básicamente una finalidad vital de la existencia, por mandato de Dios» [Weber; 1991]. El núcleo de sentido del significante «profesión» es la creencia en «que Dios ha designado para cada quien, sin exclusión de nadie, una profesión (calling), esta no debe ser ignorada por el hombre, y es de rigor que en ella labore ...debe aceptarse como el precepto divino dirigido a toda la

humanidad con el propósito de impulsar la propia gloria de Dios» [Weber; 1991].

De este modo la vida ascética del puritano se convierte en una serie homogénea y sistemática de acciones que este se representa como un ejercicio racional de su vocación. Es la creencia en un nuevo «modo de vida» que le permite acceder a la corroboración de su estado de gracia, mientras extiende el proceso de desencantamiento del mundo en las más diversas esferas. La ideología racional arranca de raíz toda valoración positiva a cualquier modo de *«obrar sin mira ascética, y que en vez de ser de provecho para la gloria de Dios lo fuera del individuo»*. Abandonar los modos de comportamiento irracionales supuso la existencia de este punto nodal de significación expresado por la creencia piadosa que hacía de fundamento de la moderna idea de profesión. En torno a ella se organizó un formato de representación que permitió la emergencia de una subjetividad estructurada por un campo de significación netamente religioso «la cura de almas», y que operaba eficazmente sobre la modificación del tipo de acción social que comenzaba a dominar toda una nueva época: **la acción racional y sistemática.**

POST Data

V. BIBLIOGRAFIA

La totalidad de las citas del presente trabajo pertenecen a los siguientes escritos:

WEBER, MAX, «*Economía y Sociedad*», Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

—————, «*La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo*», Premia Editora, México, 1991.

—————, «*Historia Económica General*», Fondo de Cultura Económica, México, 1982.